

hombres en esta literatura? No el diálogo en el cielo de que me burlaré siempre, sino comparaciones como esta, que siempre admiraré:

«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra; »y como días de jornalero sus días: como el siervo desea la sombra, y como el jornalero aguarda el fin de su trabajo: así también yo tuve »meses vacíos y noches trabajosas conté para »mí.»

«Mis días pasaron más velozmente que el tejedor corta la tela, y se han consumido sin alguna esperanza.»

«Acuérdate que mi vida es viento, y que mi ojo no volverá á ver bienes.»

«Ni fortaleza de piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce.»

Y otras que así tienen que ver con la teología dogmática, como el buen Gobierno con el régimen hapsburgo-lorénico, encanto de fusionistas.

Baldad, casi *balddado* en romance, más corto de palabras que Elifaz, haciéndole punta al discurso de su compadre sobre la providencia, dando por seguro que las calamidades que Job sufre son pena á sus faltas (éste se conoce que no estaba enterado del diálogo celestial de Satanás y Jehová) aconseja al leproso que se arrepienta de sus pecados y que se deje de hipócritas alabanzas de su justicia. Es el único medio que ve de que sane su amigo. En boca de este sofista decae grandemente la poesía: más parece lo que dice un trozo de un sermón de cuaresma que de un poema de *sublime è imperecedera bellezza*.

Job, más necesitado de azufre que de consejos bobos, entre acerbos dolores contesta en sana y recta teología tomista. Dice que Dios es justo en todas las cosas. Pero... también Dios tiene pero... pero amuela lo mismo al inocente que al culpable. El es, dice, uno de los inocentes á quienes Dios pone en apreturas, por el gustazo de ponerlos, que no puede menos de ser un gustazo justí-

simo, como procedente de Dios, que es la justicia misma.

Para definir el ser que de semejante manera procede, Job habla con elocuencia, pero traza el retrato de un loco.

«El (Dios)... es fuerte de bríos: él traslada los montes: él conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen. El manda al sol, y no sale: y cierra las estrellas como bajo sello: él solo extendió los cielos, y camina sobre las ondas del mar.»

No es de extrañar que Job, en cierto modo mohino de estar sujeto á un ente de humor tan estrafalario, se vuelva á él exclamando:

«Si azota, mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes.»

Que es exactamente lo que le decía yo al cura de mi pueblo siendo muchacho: Mire usted, don Bonifacio, ¡si son bienaventurados los que lloran, como dice el catecismo, no sé para qué hemos de perder el tiempo en consolar al triste!

LXXXIV

Job continúa ajustándole las cuentas á Dios. A pesar de sus llagas y del casco de teja, se las tiene tiesas al Omnipotente Jehová del estrafalario humor que acaba de describir.

«¿Por ventura—le dice—te parece bien el que me calumnies y me oprimas, obra de tus manos, y que favorezcas el consejo de los impíos?»—En lo cual no hallo nada que objetar, pues verdaderamente es una chirigota divina de mal género eso de crear un hombre para traerle tan arrastrado como muchos se ven, siendo buenos, ó ponerle tan en andas como algunos se miran, siendo más malos *que arrancados*.

Sobre la manera que tuvo Dios de hacerle, se expresa Job de la chusca manera siguiente:

«¿Por ventura no me exprimistes como leche y como queso me cuajastes?» Esto de convertir

á Dios, al ejecutar lo que llamamos pomposamente su obra maestra, en un cabrero que hace un requesón, es lo más rebonito de la literatura universal; y al que de buen grado no lo conceda, le entrego al brazo secular de aquel *Uno* inoportuno, celador mayor y afortunadamente gratuito de las bellezas bíblicas, que se me subió á las barbas comentaristas, por haber hablado con poco comedimiento del pobre Job, como si yo y no Dios nuestro Señor le hubiese puesto en tan pingoso estado como lo encontramos, charlando hasta por los codos.

Pero como el que mucho habla mucho yerra, Job termina su discurso, diciendo cómo es el otro mundo, que describe en esta forma:

«Antes que vaya y no vuelva á la tierra tenebrosa, y cubierta de obscuridad de muerte. Tierra de miseria y de tinieblas, en donde habita sombra de muerte y ningún orden, sino un horror sempiterno.»

Si algo en limpio se puede sacar de este mar de palabras sin sentido, es que Job no sabía lo que ahora sabe cualquier niño de las escuelas católicas, esto es, que el otro mundo se compone de cuatro estados ó reinos, ó margraviatos, que son: el cielo, el infierno, el limbo de los niños y el productivo purgatorio. Para Job, el otro mundo era un lugar, como se ve, muy parecido todo él al infierno, y de donde no se vuelve, contra lo que dice el Credo, que resucitaremos todos en el Valle de Josafat.

Safar, á quien Job no deja meter baza, aprovecha la oportunidad, y después de llamarle *parlero* con palabras muy elegantes, trata de confundirle, diciéndole quién es Dios y las medidas que tiene, las leyes que gasta, etc., etc. Todo este discurso, más es una invectiva que una doctrina contraria á la de Job, que en pocas palabras viene á ser esta: Dios es justo, pero affige con males á los justos para probarlos, y ensalza

á los malvados para fomentar su ruina; que si no es un Gobierno tan detestable por lo menos como el archihapsburgo lorénico que nos desgoberna, venga la revolución y funde la República.

Pero Job, *que si quieres*: no se da por convencido á tres tirones. Como si la picazón que se le comía le convirtiera la lengua en un badajo, corta la palabra á Safar y arremete á sus tres contrincantes, argumento en ristre y teología en mano.

Qué: ¿vosotros solos seréis los sabios?—exclama.—*Anch'io sono pignore. Las tiendas de los ladrones están en abundancia. Habla á la tierra y te responderá, y te lo contarán los peces del mar.* Sospecho que el Espíritu Santo escribió estas palabras en espera de aquel San Antonio, á quien salían á escuchar los sermones los peces. *En los ancianos está la sabiduría.* No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, dijo Cervantes, y el burro por ser viejo no deja de ser burro, dice un amigo mío: el Espíritu Santo piensa de distinta manera en boca de Job. Dios, añade éste, *desata la banda de los reyes, y ciñe con cuerda sus riñones*, palabra infalible que quizás se vea en nuestros días cumplida, con ceñimientos de cuerda por algo más arriba de los riñones. Dios, continúa, *hace ir á los sacerdotes sin gloria*, como se ve palpablemente en esos curas de sotana mugrienta y teja alicaída. Y en fin, Dios, según se explica Job, hace y deshace, trastorna y ordena, sube á los unos ahora para bajarlos después, destruye á los otros, multiplica á los de más allá, y se trae un teje maneje con el mundo capaz de volver loco al más tonto de los admiradores de estas bellezas teológico-bíblico-judáicas.

«Ved que todas estas cosas ha visto mi ojo y oído mi oreja, y una por una las he entendido.» Esto dice Job, después de hartarse de acumular

sobre Dios todo el pafiburrillo de bienes y males, dichas y desventuras, azares y seguridades de que la vida y el mundo está lleno. Oír y ver es, cabe decir, imitando á un personaje del *Tenorio*. Pero, en fin, como se halla escrito por el Espíritu Santo, no hay más remedio que declarar hermoso é infalible que Dios hizo al hombre como un cabrero hace un requesón.

A continuación, con inaudita arrogancia exclama: «Si yo fuese juzgado, sé que seré hallado justo.» frase que demuestra ser este libro un poema y no una historia, porque no cabe imaginar en hombre cuerdo tamaña petulancia. El santo, ha dicho después el cristianismo, peca siete veces al día, lo que hallo más en armonía con la verdad que la impecabilidad de Job.

Que se encara con Dios de esta manera: «¡Llá-mame y yo te responderé: ó bien yo hablaré y respóndeme tú. ¡Cuántas iniquidades y pecados tengo! Muéstrame mis maldades y delitos.» Claro está, Dios no contesta, ¡qué había de contestar! y Job, viéndole callado, se crece y le dice con gallardía:

«Contra una hoja que es arrebatada del viento, »haces alarde de tu poderío y persigues á una »paja seca: Pues escribes amarguras contra mí, »y me quieres consumir con los pecados de mi juventud. Has puesto un cepo en mis pies, y has »observado todas mis sendas, y has considerado »las huellas de mis pies. Yo, como la podre, he »de ser consumido, y como vestido, que es comido de polilla. El hombre nacido de mujer (¿nacenos hombres de las esparragueras?), viviendo breve tiempo, está relleno de muchas miserias. »Que como flor sale, y es ajado, y huye como »sombra, y jamás permanece en un mismo estado.»

Dada la bastarda idea que de Dios Job tenía, sin duda que estas y otras frases de imprecación que le dirige son bellas. Otras en cambio consti-

tuyen conceptillos ridículos y chavacanos, que para que no asusten, van perfecta y tontamente anotados y canónicamente explicados por el reverendo padre Scio de San Miguel en la edición que tengo delante.

Por ejemplo. Dice Job á Dios: Tienes sellados como en un *taleguillo* mis delitos: Y anota el P. Scio: Tú guardas, como se guardan las cosas de más consideración mis pecados. Mira tú, lector, que ser en un *taleguillo* donde todo un Dios tiene guardadas las cosas de más consideración!

LXXXV

Hablar de Dios es hablar de la mar y sus arenas, como se dice vulgarmente de aquello que se considera asunto inagotable. Pero como los hombres se despepitan por disputar sobre lo que no pueden entender, de aquí que se hayan llevado la mejor parte de su tiempo, mayormente los ociosos, en disparatar sobre Dios, de cuyo buen señor han dicho los mayores despropósitos imaginables. Sería cosa muy curiosa, pero muy curiosa, una recopilación completa de las *atrocidades* que negros y blancos, salvajes y civilizados, antiguos y modernos han pensado, dicho ó escrito sobre la divinidad, que el *baucena* considera adscrita al pingo que cuelga de un árbol y el *católico* á la oblea con que se desayuna el cura de cualquier pueblo de España.

Job y sus tres amigachos, metidos de hoz y de coz á espigar en las rastrojeras teológicas, se quitan mutuamente la palabra sin cortesía alguna, interrumpiéndose con un *querrás saber tú más que yo* de estas cosas, capaz de graduarlos de doctores en petulancia por Bolonia.

Elifaz, así que Job, quizá fatigado, se pára para tomar aliento, meté una nueva baza, acusando al leproso de jactancia y diciéndole que habla por hablar, *como si hablase al viento*, sin más efecto positivo que el de recalentarse el es-

tómago, frase que ni tres docenas de comentarios me hacen entender. Los que la explican diciendo que es como si supiera *el vientre de Job lleno de viento solano*, la echan evidentemente á perder, pues, por cualquiera parte que hubiera de salir este viento calentón, no podría menos de producir malditísimo efecto al olfato y al oído.

Un argumento más firme que una roca hace el Temita á Job: *¿Eres tú, por ventura, el primer hombre que nació? ¿Acaso oistes el consejo de Dios?* Que es á lo que yo me agarro en mis discusiones con los presbíteros, Caballeros, les digo: pruébenme ustedes que todo eso que me cuentan se lo ha dicho á ustedes el señor Dios en persona, en castellano, á la luz del día y ante testigos y notario, y después... tampoco nos entenderemos.

Elifaz rellena su discurso de frases de efecto, para probar que todos somos *peores*; que Job, no puede, en consecuencia, ser bueno, y que además de rascarse el sarnazo, debe persuadirse de que á sus fechorías le debe, pues Dios siempre es justo y á los hipócritas los pone de chupa de dómine.

Job replica sin quedarse corto en las invectivas. Dice que ya tiene rotos los oídos de oír cosas tan tontas como las que sus amigos le contestan, agravando su pena, y que los que hablan al aire son ellos. Aquí querría yo veros, añade, para escuchar lo que hablábais; también yo me nearía la cabeza sobre vosotros. Pero yo, diga lo que quiera, pica que te picarás, y rasca que te rasca.

Arrogante en su justificación, halla palabras de verdadera elocuencia para describir su inmerceda miseria, y se torna á Dios en súplica de misericordia, pidiéndole que le liberte del enemigo que le oprime. Este canto, que es para mí de lo mejor del poema, es la vergüenza de la teología, pues nunca tan en su punto un milagrejo de

los millares de ellos que en la *Biblia* se cuentan, como en el muladar de Job, para confundir á los tres badulaques de sofistas que le atosigan. La falta de milagro en este pasaje, es una de las mil razones que me tienen convencido de que jamás los hubo, y que aquellos de que llevo hecha mención son pura filfa.

Baldad, con palabras agrias, cae sobre la jactancia de Job, diciendo horrores sobre lo que sucede á los impíos.

«La luz se oscurecerá en su habitación. Le despeñará su consejo. Su pie caerá en el cepo. Debilitará el hambre su fuerza. La muerte *primogénita* devorará su hermosura. Olerá á azufre su habitación. Se secarán *abajo* sus raíces; *arriba* su mies será destruida. No subsistirá su linaje.»

Todas estas cosas y algunas otras más, dice Baldad que acontecen al que no conoce á Dios. Y como yo no he tenido el gusto de ver á este caballero, ni aun por la espalda, como le vió Moisés; y como me figuro, lector querido, que tú tampoco has podido lograr de él ni siquiera un retrato como el que pedía á D. Quijote el mercader zumbón para confesar la hermosura de Dulcinea, que recordarás le exigía tamaño como un grano de trigo, estoy que doy diente con diente de miedo, no sólo por mí sino por tí también. El mejor día ó la peor noche, por falta de este conocimiento, nos hallamos con que, como dice Baldad, *se esconde en tierra nuestra pihuela y nuestro orzuelo sobre nuestra senda*: que esto hallo escrito en el versículo X, y lo entrego, sin entenderlo, á la admiración de las gentes.

¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con vuestros discursos? Así comienza la réplica Job, el modelo cristiano de la paciencia, que pinta su abandono y su desamparo con energía admirable y vivísimo colorido. *Mi mujer—exclama,—tuvo asco de mi hálito, y*

tenta que rogar á los hijos de mis entrañas.

Estos hijos á quienes Job rogaba, como Sata-nás los había matado antes del sarnazo, siendo el Espíritu Santo infalible, pero no incontradecible, han armado un lío de todos los diablos entre los comentaristas. Quien los supone hijos de sus concubinas, convirtiendo al santo varón en una especie de sultán con su serrallo correspondiente. Otros dicen que estos hijos no son hijos, sino nietos, y otros dicen otras tonterías; porque el disparatar es libre y obligado en estos negocios de la revelación.

»A mi piel, consumidas las carnes, se han pegado mis huesos, y sólo me han quedado mis labios alrededor de mis dientes.» Este retrato de cuerpo entero, que de sí propio Job hace, le entrego á aquel *Uno* bobalicón, repleto de alfalfa *lamartiniana*, que me hablaba de la eterna belleza del leproso bíblico, para ver si persuade á algún artista de genio, no *catoliquero*, á que le traslade al lienzo ó le esculpa en la piedra.

Después Job establece de golpe y porrazo la Resurrección, deseando que sus palabras sean gravadas en mármoles y en bronces, deseo que por cierto se ha visto muy bien cumplido, pues diez y nueve siglos se lleva repitiendo la humanidad aquella sandez del «creo en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable. Amén.»

Hé aquí el texto *infalible*.

»Pues yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar de la tierra: y de nuevo he de ser rodeado de mi piel. Y en mi carne veré á mi Dios. A quien he de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro.»

La cosa no tiene réplica. La piel de Job, ande por donde quiera, aunque haya sido cien veces piel de burro y tambor de regimiento, al sonar de la trompeta, reunidos sus átomos, arregladi-

tos los pelos, en su lugar los costurones y cicatrices que pudiera tener, acudirá á recubrir los huesos del leproso, que con ella sobre ellos se paseará todo orondo por los jardinillos presuntivos del valle de Josafat. Y como allá yo también he de acudir sin remedio, no hay cuidado que me olvide de acercarme á verle, para observar si se resucita joven ó viejo, canoso ó de pelo negro ó rubio. Entre tanto no creeré una palabra sobre el caso, porque encuentro más divertido reirme de los inocentes que creen á los que han hecho de estos versos disparatados de un poema oriental un dogma, que trae aparejada una contribución, cuando el propio Job dice que toda esta música no es otra cosa que *una esperanza que hay depositada en su pecho*.

Esta esperanza de un desdichado, que no entendía una palabra de química orgánica, elevada á dogma por la Iglesia, y cotizada en pesetas y céntimos en el presupuesto del culto y clero, esta jerigonza, en fin, de la Resurrección de la carne, me tiene asegurado un buen rato en la consumación de los siglos. Más aún de lo que me tengo reído en los días de mi vida de los presbíteros, que no es poco, espero reirme el día de no sé cuantas horas en que se celebre el juicio final. Como los átomos dan tantas vueltas, espero ver más de cuatro arzobispos reclamándose á papirotazos partículas de ciertas partes que les hayan sido comunes, para poder presentarse decentemente al Tribunal de Jehová, que asistido de su Unigénito, cómodamente sentado á su derecha, y sintiendo sobre su cabeza el ale-tear del palomo del Espíritu Santo, se ha de ver y se ha de desear para fallar el pleito grave de cuál de los metropolitanos es el verdadero propietario y de algún músculo erectil en pleito, ó de las membranas de algún esfínter disputado.

LXXXVI

Desde el momento que Job deja establecido el grande y disparatado dogma de la Resurrección de la carne, la batalla de palabras en que viene empeñado con sus tres amigachos, comienza á inclinarse visiblemente del lado del leproso. No podía suceder otra cosa. Desde el instante en que se admite otro mundo, en que hemos de vivir con los mismos cuerpos y almas que en este hayamos tenido, todos los gatuperios de la Providencia de Dios que aquí vemos y observamos, pueden allá tener enmienda. ¿Es acá uno malo y prospera?—Pues con que allá Dios le emplume, cuenta zanjada.—¿Un hombre honrado se ve aquí acabado de dolores, miserias é injusticias? Dios en la otra vida le mima y le regala y... *en pata*, que decíamos de chicos en mi pueblo, para significar, al liarnos á cachetes, que tanto habíamos dado como recibido.

Sofar, al replicar, en vez de emprenderla con la Resurrección, se limita á divagar en palabras altisonantes sobre esta tésis:

«Que se sabe desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, que es breve la alabanza de los impíos y el gozo del hipócrita como de un momento.»

Y como es de rúbrica en este poema, no aduce un solo argumento, ni grande, ni chico, ni fuerte, ni flojo, contentándose con declamaciones poéticas tan sucias como las siguientes:

«Vomitara (el impío) las riquezas que devoró, y de su vientre las sacará Dios. Chupará cabeza de áspidez, y lengua de víbora lo matará», con otras cuantas atrocidades por el estilo, que demuestran que este Sofar debía ser tonto de remate, pues no sabía que hay muchos pillos que medran y prosperan, y se rien en su prosperidad de los buenos que andan por el mundo á la cuarta pregunta.

Esto es lo que Job viene á contestarle, empleando el ordinario método de las exageradas pinturas del bien ó del mal que goza ó sufre el hombre, y afirmando sin ton ni son cosas como estas:

«Pasan (los impíos) en bienes sus días, y en un punto descienden á los infiernos.» Basta que usted lo diga, caballero Job, basta que usted lo diga... para que la Iglesia lo afirme y lo explote.

«Dios reservará para los hijos la pena del padre», frase bárbara en que sin duda no han reparado los atolondrados admiradores de este viejo poema.

A continuación establece este problema:

«Uno muere robusto y sano, rico y feliz: sus entrañas están cubiertas de grosura y sus huesos están regados de tuétanos; y otro muere en amargura de alma sin algunos bienes; y con todo esto dormirán juntos en el polvo, y gusanos los cubrirán»; problema que me declaro impotente para resolver, pero que Job resuelve por medio de un Jehová falsificado evidentemente, quizá por los traductores, pues dice de él:

«Que fué dulce á las arenas del Cocyto»; cuyo Cocyto, si no los has á mal, lector discreto, fué un río de la Arcadia, provincia puramente griega, que nacía de la laguna Estigia, también de legítima procedencia helénica, y corría por el Infierno en que Minos, Eaco y Radamanto juzgaban á los muertos, infierno hace muchos siglos puesto tan en ridículo, como dentro de pocos años lo estará el Infierno de los católicos y todas las demás jerigonzas teológicas.

Entra á hablar Elifaz y pone á su desdichado amigo de oro y azul. De creerle, habría que rectificar mucho de lo que Job dice justificándose, y declarar á éste no sólo petulante, sino malvado.

«Tú sin causa—le increpa con valentía—sa-

»caste prenda á tus hermanos, y á los desnudos
 »despojastes de sus vestidos (átame esta mosca,
 »del desnudar al que está en cueros, por el rabo).
 »No distes agua al cansado, y quitastes el pan al
 »hambriento. Con la fuerza de tu brazo poseías
 »la tierra, y por ser más poderoso te alzabas con
 »ella. (Si esto no es acusar de ladrón á Job ven-
 »ga Dios y véalo). Enviastes vacías á las viudas,
 »y quebrantastes los brazos de los huérfanos.»
 De no haber en esto la exageración gitanesca
 que resplandece en todo el poema, habríamos de
 confesar que Job había sido un tunante, y que su
 sarnazo, antes que piedad debía inspirar alegría.
 Mas lo único que me permito de mi cuenta decir
 es que Dios ó el diablo me libren de consolado-
 res como el tal Elifaz.

Al rechazar estas inculpaciones, cuando me-
 nos inoportunas, Job alcanza la mayor elocuen-
 cia, invocando á Dios para un juicio de equidad
 entre sus pecados y sus dolores. Leyendo estos
 versículos sólo me ocurre decir, como Hamlet, al
 leer otro libro de teología: Palabras, palabras,
 todo palabras.

Lo que no son palabras, sino pinturas precio-
 sissimas de los tiempos de Job, cuando los ánge-
 les y Dios en persona se andaban bajando á la
 tierra para disputar con los sabios, es lo que Job
 dice que hacían muchos canallas, que era robar,
 adulterar, quedarse con lo ajeno á título de pren-
 da, etc., etc., cosas todas que me tienen suma-
 mente contento de haber nacido en estos años de
 impiedad, en que no se hace un milagro por un
 ojo de la cara, y en que la única aparición, que
 ha sido la de la Virgen de Lourdes, hasta los ni-
 ños saben que ha sido una filfa clerical, con ob-
 jeto de sacar dinero á los tontos.

Baldad intercalaba una interrupción brevísi-
 ma, en refuerzo de sus teorías de la impureza de
 todo, hasta de la luna, respecto de Dios, que no
 puede menos de ser justo en todo y para todos,

quedando á su entender en pura jactancia, por
 consiguiente, las alharacas de justificación del
 leproso.

Que la toma largo y tendido por espacio de
 cinco pesadísimos capítulos, que rematan con
 estas palabras en latín: *finita sunt verba Job*.

A la multitud de cosas que dice, las llama la
Biblia parábola, y yo, trocando una sola letra y
 cambiando el acento diría *pura bola*.

En prueba de lo cual, allá van unas cuantas
 muestras de este discurso, que titulan grave y
 sentencioso.

*Mira que los gigantes gimen debajo de las
 aguas.* Ni con un candil que se alumbrara Bal-
 dad hubiera visto los tales gigantes gimiendo
 debajo de las aguas. Por lo demás, la frase es
elocuentísima.

«Dios es el que extiende el aquilón sobre el va-
 cío, y cuelga la tierra sobre la nada.» Al que en-
 tienda esta jerigonza del vacío y de la nada le
 parecerá esto superfino: á mi tonto.

«Su espíritu (el espíritu de Dios, de cuyo cuer-
 »po no hay noticias) adornó los cielos: y par-
 »teando su mano, fué sacada á luz la tortuosa cu-
 »lebra.» Morrocotudo esto de ser Dios un comar-
 drón de culebras.

«El hierro se saca de la tierra: y la piedra de-
 rretida con el fuego, se convierte en cobre.»
 Aprobado Job, por este solo versículo, en meta-
 lurgia superior.

Después de un hermoso ditirambo á la sabidu-
 ría, define ésta diciendo, que es *el temor de Dios*,
 concepto chavacano, pero que ha valido muchos
 millones á los que este temor de Dios han explo-
 tado.

Cuando Job recuerda sus grandezas pasadas,
 dice que entonces se *lavaba los pies con mante-
 ca*, lo que me parece una de las mayores por que-
 rías del mundo.

Y al verse en la indigencia exclama: «mas

»ahora se burlan de mí los menores de edad, cuyos padres me desdenaba ponerlos con los perros de mi ganado», confesión que viene á dar razón cumplida á Badal, cuando increpaba al leproso de malvado. ¡Pues ahí es nada el desdén de Job, al desdenarse de poner á sus semejantes con los perros de su ganado! ¿Te parece, lector, que un hombre así, es digno del nombre de justo que con tanta arrogancia él se daba, y del de santo que ordinariamente le damos, siguiendo la rutina católica?

Y sigue la pintura del estado social de aquellos tiempos de *revelaciones*, en que los hombres comían yerbas, cortezas de árboles y raíces de enebro; habitaban en los barrancos de los arroyos, en las cavernas de la tierra, ó sobre las arenas: gente á quien Job llama «insensata y despreciable, y que absolutamente no se dejan ver sobre la tierra».

En su justificación llega Job á frases descarnadas, como la siguiente: «si mi corazón fué seducido por causa de mujer, y si puse asechanza á la puerta de mi amigo, sea manceba de otro mi mujer y encórvense otros sobre ella», que no comento, pues es de aquellas cosas de que dijo Don Quijote: peor es meneallo. En otro versículo, defendiéndose de haber conspirado contra los huérfanos, exclama: «mi hombro se desprenda de su coyuntura, y mi brazo se quiebre con sus huesos», modo de hablar que solo se emplea en la *Biblia* y en las disputas de las comadres mal habladas de algunos pueblos, donde no es difícil oír: si yo he cogido tal cosa, que ahora mismo se me quiebre el espinazo ó se me caigan los dientes.

En fin, que Job se defiende galana, aunque muy petulantemente, echando el mochuelo del sarnazo que se trae por el muladar rodando, no á sus picardías, sino á la Divina Providencia, que á las veces gasta bromas pesadas con sus *providecidos*.

Sobre esto de la Providencia corre un cuento muy bonito por cierto. Dicen que era un mozuelo que, madrugando un día por acaso, yendo á misa se encontró una bolsa con dinero. Al presentársela á su padre, éste le alabó el madrugón, y le dijo que el hallazgo era un premio providencial á la diligencia que en levantarse había empleado, pues como dice el refrán *al que madruga Dios le ayuda*. El joven discretísimo, pensando que no debía haberse levantado muy tarde el perdidoso, hizo esta pregunta: Diga usted, padre: ¿y él que perdió esta bolsa no había madrugado? ¿O acaso para él no rige lo de la Providencia de Dios?

LXXXVII

Sin que pueda averiguarse de dónde haya venido, aparece ahora charlando por espacio de seis capítulos un tal Eliu, mozo desgarrado de lengua y presumido como un Romero Robledo, que arremete con Job por jactancioso y con Baldad, Sofar y Elifaz por mentecatos, que no han acertado á meter en cintura de argumentos al leproso.

El primero de estos capítulos es un puro exordio repleto de petulancias y bobadas, que dice acerca de su sabiduría el orador de muladar que discurrea, el cual, después de explicar porqué ha estado tanto rato callado, pinta su comezón de hablar con estas palabras: «he aquí mi vientre, está como mosto que no tiene respiradero, el cual rompe las vasijas nuevas», que es una de las más sucias, malsonantes y peor olientes de las imágenes que hayan podido hacerse desde la invención de los tropos hasta los días estos en que Salmerón de una *manguzá* retórica le ha metido al olímpico Cánovas cuarta y media de soberbia en el cuerpo.

A seguida del exordio, Eliu entra en materia —es un decir,—explicando cómo y cuándo Dios,

que le debía ser muy conocido, instruye, avisa y corrige á los hombres. He aquí sus textuales palabras:

«Por sueño en visión nocturna, cuando profundo sueño se eche sobre los hombres, y están durmiendo en su lecho:—entonces (Dios) abre las orejas de los hombres y amaestrándolos, los instruye en lo que deben saber, para apartar al hombre de aquello que hace, y librarle de la soberbia:—librando su alma de la corrupción; y su vida para que no pase al cuchillo.»

Esta declaración de Eliu supongo, lector discreto, que te bastará para tomarle el pulso de su necesidad á este sabio, así como el alabado poema semítico que la contiene. Decir que el sueño disparatado de una pesadilla es la cátedra en que la divinidad instruye al hombre, es el colmo del disparatar teológico, es la autorización de cuantas estupideces, maldades, crímenes, porquerías y bobadas se han dicho, hecho y canonizado á título de ciencia de Dios, juicios de Dios, arcanos de la Providencia y decretos del Destino.

Debiera aquí acabar con Eliu y con Job, pero me he propuesto ser no menos machacón que este texto, fundamento de tantas teológicas, socialinas y literarias tonterías; por lo que leo, ciertamente una serie de bobadas, y luego esta sentencia:

He aquí, que todas estas cosas obra Dios tres veces con cada uno: lo que me deja patidifuso, por lo de ser *tres* precisamente los avisos, ni más ni menos; lo que da lugar á notas y contranotas laberínticas acerca de la interpretación de pasaje tan trinatrio como D. Trinitario Capdepón, flamante fusionista, electorero célebre y gobernador caído en desuso.

Eliu, á pesar de oficiarse de medio tonto en este poema, pues la tontera completa se halla en él á cargo de Baldad, Sofar y Elifaz, establece sentencias á lo Pero Grullo, que á la mano cerrada

la llamaba puño. Véase la clase: *Porque la oreja examina las palabras, y el paladar discierne los manjares por el gusto:* curso completo de acústica y fisiología.

Otras veces se entretiene (sabiamente por supuesto) en decir disparates mayúsculos, como este: «El (Dios) es el que hace que reine un hombre hipócrita por los pecados del pueblo», achacando á la justicia de Dios el reinado de un miserable, cuando es evidente, de toda evidencia, que toda monarquía, ya la de un hipócrita, ya la de un santo, no se funda en otra cosa que en la estupidez de los hombres, ó en las benevolencias de Castelar, ó en las apostasias de Martos, ó en las codicias ministeriales de esa medianía afortunada que se llama Práxedes, que con ser nombre tan feo aún es más pasadero que su propietario.

Todo el discurso de Eliu, con ser largo, carece de substancia, por estar lleno de contradicciones. De querer en él demostrarse algo, es que Job hace mal al acusar de injusto á Dios por haberle echado encima, sin motivo, el sarnazo que le tiene en el muladar. Para esto Eliu se vanagloria de conocer la justicia de Dios. Pues bien, á fuerza de darle vueltas á la lengua, pone en ella este versículo:

«¿Quién podrá escudriñar sus caminos? (Los caminos de Dios.) ¡O quién puede decirle: injusticia has hecho? Acuérdate que no comprendes su obra, de la cual cantaron los hombres.»

Palabras de un positivismo tal, que derriban como un castillo de naipes, así el discurso de Eliu como el de sus tres compadres los sofistas, y las lamentaciones de Job. Porque si no podemos decir á Dios: en esto has sido injusto, menos podemos decirle: justo has sido en esto. Y si no comprendemos su obra, ¿qué caso debemos hacer de lo que sobre ella han disparatado los que la cantaron? ¡La Biblia llamándose á sí propia un can-

tar! ¡Música la había yo llamado muchas veces!

El mismo hombre que, como al descuido, acaba de decir tan admirable verdad, por el puro gusto de *cantar*, se mete en honduras teológicas, y dice:

Dios pone un sello en la mano de todos los hombres. Yo me miro y me remiro: hombre me hallo, pero lo que es el sello ni en la zurda ni en la derecha me le encuentro, con grande burla de la infalibilidad bíblica y de la sabiduría tan fantaseada de Eliu.

«De lugares retirados saldrá la tempestad, y «del Arcturo el frío. Al soplo de Dios se cuaja el «hielo, y de nuevo se difunden las aguas en gran- «de abundancia.» palabras que entrego á la meditación y comentarios de mi ilustrado amigo y compañero José Macpherson, que en esto de la meteorología es una maravilla y dirá quién de los dos, si Eliu que dice esto, ó yo que me burlo de él y de ello, hablamos más al *tun tun* de lo que no entendemos.

Ahora se mete el tal Eliu en materias astronómicas. Oído al parche, caballeros:

«En sus manos esconde (Dios) la luz, y la «manda que venga de nuevo.» Esto de echar y recoger Dios la luz, á modo que un escamoteador una cinta, es piramidal y bíblico á un mismo tiempo.

«¿Acaso, tú, juntamente con él, fabricastes «los cielos, que son muy sólidos, COMO SI FUESEN VACIADOS DE BRONCE.» ¡Cielos duros! ¡Tan duros como el caballo esparrancado que en la Castellana monta el marqués del Duero! Tan ridículo encuentro á Eliu diciendo esto, como al que á Concha alzó una estatua ecuestre en donde aún no la tienen ni Gonzalo de Córdoba ni Hernán Cortés.

«Del Septentrion viene el Oro y la temerosa alabanza de Dios.» ¡Sin comentarios! Esto, Inés, llo se alaba—no es menester alaballo.

Calla Eliu, cansado, sin duda de tanto *majaderear* y sobreviene... ¿quién dirás, lector?... pues nada menos que el mismísimo señor Dios, que entra á hablar sin pedir la palabra y dice... ¡Ay! que gusto: tener á Dios en la tribuna para poder silbarle, si lo hace mal, como es de esperar.

LXXXVIII

DISCURSO DE DIOS

Pronunciado desde un torbellino, sobre un muladar de Idumea (en que Job se rascaba un sarnazo que le había regalado Satanás), para dirimir la contienda de palabras en que el leproso se hallaba empeñado con tres sofistas y un charlatan. No constan ni el año ni la lengua en que se pronunció esta oración.

¿Quién es ese, que envuelve sentencias con *indoctos discursos*?—*Ciñete como varón tus lomos: te preguntaré y respóndeme.*

No veo la necesidad de que nadie tenga que ponerse un cinturón para hablar, y mucho menos el pobre Job, lleno de lepra, que no podía aguantar sobre su carne más que las uñas, con que rascándose se consolaba.

¿Dónde estabas cuando yo echaba los *cimientos de la tierra*? *Házmelo saber si tienes inteligencia.*

¿Y cuáles son estos *cimientos*? pregunto yo al señor Dios á mi vez.

¿Quién echó las *medidas de ella, si lo sabes*? ¿O *quién estendió sobre ella la cuerda*? ¿Sobre *qué están apoyadas sus casas*?

Pues si no las tiene, ¿que falta hace que estén *apoyadas*?

¿O *quién asentó su piedra angular*?

No hay tal *piedra angular*, ni tales *carneros*.

¿Cuándo me *alababan á una los astros de la mañana*, y se *regocijaban todos los hijos de Dios*?

¿Quién encerró con puertas el mar, cuando salía fuera como el que sale de la matriz?

Comparación sucia de primera fuerza.

¿Cuando yo le ponía una nube por vestidura y le envolvía en obscuridad como con envolturas de infancia?

Esto de envolver el mar en sombras como se envuelve un niño en las mantillas, es soberbio y tonto á la vez.

Le cerré dentro de mis términos y le puse cerrojo y puertas.

¡Puertas y cerrojos el mar!

Y dije: hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrantarás tus ondas hinchadas.

Dios diría lo que quisiera. Pero consta que de su dicho ha hecho tanto caso el mar como *monsieur Lesseps*. Este, á las hondas hinchadas que habían de romperse en Suez, las ha abierto camino hasta el Mediterráneo, y de cien partes el mar se ha retirado y se está retirando, rodando sobre otras que antes estaban en seco.

¿Por ventura, después de tu nacimiento, diste ley al alba y mostraste á la aurora su lugar? ¿Y tomastes la tierra por sus extremidades y sacudistes de ella á los impíos?

En vista de que los impíos, quiere decir, los que no somos católicos, somos la casi totalidad de los hombres, hay que declarar que ni Job, ni Dios, han sacudido la tierra como se sacuden con una vara unos pantalones empolvados.

El sello será restablecido como lodo y subsistirá como un vestido.

Aun no ha nacido el tonto que ha de sacarle á este versículo el meollo.

Será quitada á los impíos su luz y su brazo alto será quebrantado.

¿Acaso has entrado en las profundidades de la mar y te has paseado por lo más hondo del abismo?

Sí, señor, y tengo la seguridad de que con una

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

BS 1157

Ch5

v. 1

53455

AUTOR

FABP

CHIES Y GOMEZ, Ramón

